

El *Quijote* y el Emperador de la China: los derroteros del libro

Celia Mabel Burgos Acosta

Universidad de Buenos Aires

Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso”

CONICET

rhcp374@hotmail.com

Resumen

La dedicatoria al conde de Lemos, una de las piezas preliminares del *Quijote* de 1615, incluye una pequeña anécdota apócrifa: la de la visita de un emisario del emperador chino a Cervantes. El ofrecimiento que éste le hace, a través de una carta, para que visite el imperio allende al mar, se revela insuficiente y da pie al elogio del poderoso a quien se le envía la obra. La pequeña historia no es inocente. En el umbral de la novela a la que da comienzo, se proyecta sobre su totalidad y plantea varias cuestiones de gran importancia para esta Segunda Parte. En primer lugar, la centralidad de la materialidad escrita y la importancia de la tradición en la que se inserta la propia obra. Y, finalmente, porque detrás de los intercambios libresco y epistolares es posible, en el imaginario de la España áurea, el encuentro con ese Otro, el chino, un sujeto imperial como el que habitaba los territorios de los Austrias, frente al que se depositará el tratamiento ambivalente del diferente: de sujeto digno de admiración a peligroso antagonista.

Palabras clave

Escritura; libro; alteridad; colonización

Abstract

The dedication to the Count of Lemos, a preliminary text from Part II of Cervantes' *Don Quixote* (1615), includes a false anecdote, a brief story of how a Chinese Emperor messenger visits our author. Through a letter, the monarch invites him to travel to the far and foreign lands, but the unsatisfactory of the offer sets the conditions for the praise of the powerful figure to whom is the novel finally dedicated. This short story is not an innocent one. In the liminary position in which we find it, at the work's opening pages, it displays some very relevant themes for this second volume. First, the importance of writing in a material aspect and the tradition in which this very literary work locates itself. And, finally, because book and letter exchanges let us observe the way Spanish Golden Age imagines the meeting with the otherness –a Chinese, an imperial subject, a mirror for who were ruled by the Habsburgs; a holder for the ambivalent ways of thinking about the Other, from admiration to a sense of danger.

Keywords

Writing; book; otherness; colonization

Introducción

La dedicatoria a la Segunda Parte del *Quijote* (1615) incluye un pequeño relato, presentado en forma de anécdota (por supuesto que apócrifa):

El que más ha mostrado desearle [a la continuación de la novela] ha sido el grande emperador de la China, pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un proprio pidiéndome, o por mejor decir, suplicándome se le enviase, porque quería fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana, y quería que el libro que se leyese fuese el de la historia de don Quijote. Juntamente con esto me decía que fuese yo a ser el rector del tal colegio. Preguntéle al portador si su majestad le había dado para mí alguna ayuda de costa. Respondióme que ni por pensamiento (II, Ded., 467).¹

Esta brevísima historia da pie a la alabanza al dedicatario, don Pedro Fernández Ruiz de Castro y Osorio, séptimo conde de Lemos, quien, a diferencia de la insuficiente oferta que el Emperador chino le hace a Cervantes, demuestra su grandeza y –al menos aparentemente– su generosidad:

- Pues, hermano –le respondí yo–, vos os podéis volver a vuestra China a las diez, o a las veinte, o a las que venís despachado; porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje; además que, sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros, y emperador por emperador y monarca por monarca, en Nápoles tengo al grande conde de Lemos que, sin tantos titulillos de colegios ni rectorías, me sustenta y me ampara y hace más merced que la que yo acierto a desear (II, Ded., 468).

En este punto, la dedicatoria retorna a su curso preestablecido genéricamente, en tanto se presenta “como cartas del autor al mecenas, que confirman y realizan el contrato previo, tácito o explícito, de intercambio mutuo de servicios” (Martín Morán, 2001: 257).

Más allá del paso fugaz de este preliminar por la anécdota, creemos que el escueto relato esconde otros posibles significados y que puede, también, irradiarlos hacia el resto de la obra que a punto de comenzar. Lo consideraremos, pues, un germen narrativo, ubicado estratégicamente en los umbrales de la novela, con propósitos y funciones específicas en esta Segunda Parte. Las próximas líneas buscarán justificar esta afirmación.

El presente trabajo se inserta en el marco de una investigación sobre las representaciones del texto en el *Quijote*: sus imágenes y los valores en torno a la escritura que se sedimentan en ellas, sus modos de circulación a lo largo de las dos Partes y las funciones narrativas que cumplen. En esta ocasión, la hipotética presencia del objeto libro en China y el prestigio de su autor en tierras tan lejanas serán el disparador para nuestras reflexiones en torno a la materia escrita y su valor en los intercambios políticos y culturales con la alteridad, en un contexto hispánico de marcada cerrazón ideológica.

1. Ed. de Celina Sabor de Cortazar e Isafás Lerner (2005) (todas las citas pertenecen a esta edición). Se consignará siempre la parte en números romanos, el capítulo en arábigos y, por último, la página.

El espejo del Otro

Un representante del Emperador chino visita a Cervantes en su propia tierra. ¿Por qué reclamar la presencia del autor y de su creación en los confines del mundo conocido? ¿Y por qué ese destino está representado por China? Un vistazo a los valores que circulaban en la España áurea en torno a esas lejanas tierras permite arrojar luz sobre la opción que realiza Cervantes en este paratexto.

China era, para la monarquía de los Austrias, un límite que deseaba franquearse. La presencia española en Asia está documentada desde el siglo XVI. Planteada, en un comienzo, como un intento de desplazar a los portugueses en el comercio marítimo de especias con el Extremo Oriente, provenientes de las islas Molucas, en 1571, con la conquista de Manila y la comunidad de comerciantes chinos que operaban allí, el interés de la corona hispana se posa por primera vez en China. Para 1580, el contacto quedaba sellado por la residencia permanente de 5000 mercaderes chinos, los *sangleyes*, en la alcaicería conocida como Parián de Manila (Ollé, 2006), tan extendida que, hacia fines del siglo XVI, la ciudad filipina podría considerarse “a Chinese colonial town” (Headley, 1995: 635). El intercambio con dichos comerciantes le permitió a España el establecimiento de una ruta de comercio y navegación transoceánico que unió los puntos más distantes del mundo conocido hasta entonces: el Galeón de Manila o “la nao de la China”, como la llamaban los comerciantes mexicanos (Alonso Álvarez, 2008: 85), que unía este enclave hispánico con Acapulco.

Ese Otro en la distancia, por la inmensidad de su territorio y el poco conocimiento que brindaba al exterior, se presentaba para el imaginario de los siglos de XVI y XVII como ciudadano de un reino misterioso (Headley, 1995: 632). No faltaron quienes representaron a los chinos como un pueblo de idólatras, sodomitas, ladrones y piratas (Headly, 1995: 637), en un intento quizás de exaltar la propia identidad. A pesar de ello, el imperio que por entonces detentaba la dinastía Ming materializaba, para los súbditos de la Monarquía católica, un Otro digno con el cual medirse: de las páginas dedicadas por viajeros y religiosos, se desprende el respeto y la admiración por la vastedad de sus dominios y la capacidad de control de éstos, su organización política, sus riquezas, el refinamiento en aspectos tan variados como las formas de vestir, alimentarse, diseñar sus edificios y sus ciudades, así como por el predominio de una cultura letrada (Romano, 2014: 256). Todas estas dotes llamaban profundamente la atención de quienes, con estupor, veían en ese reino oriental un rival. Es sintomático de este pensamiento que, tanto en la Primera como en la Segunda Parte del *Quijote*, la única mención a figuras imperiales existentes y contemporáneas, entre las tantas imaginarias extraídas de o inspiradas en ficciones caballerescas –el Emperador de Trapisonda (I, Pról, 10 y I, 49, 429), “el grande emperador Alifanfarón” (I, 18, 148)– y las de regentes de la antigüedad o el medioevo –Heraclio (I, 48, 423), Adriano (II, 8, 517), Carlomagno (II, 24, 624 y II, 26, 638), Julio César (II, 24, 627)–, sean las de este Emperador de la China y la del “invictísimo Carlos Quinto” (I, 39, 350; también en II, 8, 515).

Entre la admiración y el temor, la relación de la monarquía española con el imperio chino, fue adquiriendo diversas modulaciones:

Durante las últimas décadas del siglo XVI se sucedieron desde Manila las incursiones misionales fallidas hacia la provincia de Guangdong o de Fujian, los intentos de embajada abortados antes de iniciarse y los más o menos insensatos planes de conquista de China, finalmente siempre desestimados.² Felipe II llegó a redactar una carta al emperador Wanli, que debía acompañar a todo un ajuar de regalos, en el que se incluían cuadros, espejos y rarezas preciosas, en una magna embajada que nunca llegó a zarpar de Nueva España. La unión dinástica entre Castilla y Portugal en 1580 erigía el espejismo de la *Monarchia universalis*, ante la cual tan solo el Imperio chino desafiaba el impresionante despliegue de los sistemas imperiales ibéricos, que en Manila y Macao tenía sus apéndices extremos (Ollé, 2006).

Las “Indias del Poniente”, denominación que englobaba a las Islas del Sur, la Península malaya, el Pacífico central y las costas de chinas –que, en mapas españoles como los de Velasco, se consideraban dominio hispánico (Headley, 1995: 632)–, ejercían una fuerte atracción. En un mundo que asiste a su primera globalización, China se coloca en la situación paradójica de ser un horizonte conocido a la que vez un espacio y una historia ignotos, según Antonella Romano:

China era, para el mundo letrado del siglo XVI, una referencia cuyos lazos con los núcleos europeos de la cultura son reconocibles desde que éstos se dotaron de historia. Pero continúa siendo un espacio desconocido,³ que la reactivación del comercio mundial alrededor del globo, estimulada por el “descubrimiento” del Nuevo Mundo, hizo que los europeos integrasen en sus zonas de intercambio. A las tradicionales rutas terrestres de Eurasia, forjadas a lo largo de toda la Antigüedad y de la Edad Media, se añaden a partir del siglo XV las rutas marítimas de los dos océanos Pacífico y Atlántico, que generan geopolíticas imperiales distintas, pero en cuyo seno las monarquías ibéricas desempeñan un papel determinante (Romano, 2014: 248).

La única diferencia irreductible entre ambos imperios era la religión. China planteaba el problema de una civilización sin Dios (Romano, 2014: 256) frente al Imperio de los Austrias, que buscaba construir, bajo su mando, un orbe católico, basado en un *setting* epistémico desde el cual se esperaba alcanzar el *dominium totius orbis* (De la Flor, 2015: 10) y “convertirse en ‘señores de todo el mundo’, lo cual implica la realización de una monarquía católica o, mejor, de un entero ‘planeta católico’” (De la Flor, 2015: 13). El lugar que ocupaba China en ese esquema providencial era crucial:

America was only preliminary to the real, and indeed original goal –China. The awe, fascination, and respect exercised by the imposing order of this vast, mysterious land made it the obvious goal of that mighty westward evangelical impulsion. In their

2. Ante los reiterados pedidos de conquista de China por parte de misioneros, magistrados y soldados españoles, Felipe II se mantuvo firme en su negativa a una invasión, prefiriendo la amistad a la hostilidad y advirtiendo a quienes dieran “any just cause for indignation against us” (Headley, 1995: 638).

3. La imagen de China difundida en toda Europa, de tintes utópicos e hiperbólicos, que circuló por los medios cultos durante los siglos XVI y XVII se basó en la obra de Juan González de Mendoza, *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del Gran Reyno de la China* (1585), que influyó en autores áureos de la talla de Lope de Vega y Luis Barahona de Soto (Ollé, 2006).

advance the friars as well as the Jesuit Fathers, operating within the Spanish system, understood their work as collaborative, even in agreement with the imperial interests of Castile (Headley, 1995: 636).

Esta distancia religiosa buscaba saldarse con la presencia de los primeros europeos que pudieron asentarse en Asia: las órdenes religiosas y su innegable aporte “a la conformación intelectual de la alta Edad Moderna, en especial del mundo ibérico y, más en general, en los espacios del catolicismo tridentino” (Romano, 2014: 244). Entre ellas, la más importante fue la Compañía de Jesús, que entabló lazos con la comunidad y ganó su confianza prontamente, al aprender la lengua del Imperio Medio y convertirla en el instrumento de diálogo entre europeos y chinos (Romano, 2014: 259). Fueron los jesuitas, liderados por Mateo Ricci, a los que el Emperador asiático les permitió “adentrarse en territorio chino hasta llegar al corazón mismo palacio imperial de Pekín, donde serían aceptados como sabios con conocimientos singulares en astronomía, óptica y otros saberes útiles y concretos” (Ollé, 2006).

El instrumento crucial para el encuentro entre civilizaciones fue el texto. Porque es por medio de la escritura que la conexión entre ambas culturas –la oriental y la europea– se establece. Por un lado, debido a la existencia de una burocracia letrada en China, que permitió el desarrollo de modos de intermediación entre ésta y Europa (Romano, 2014: 257) y, por otra parte, gracias a la recolección que los viajeros hicieron de textos de otros en similares empresa o que tuvieron acceso a fuentes chinas (Romano, 2014: 252), profundamente admirados de las bases escritas de la cultura china –esta admiración llevó a que bibliotecas europeas de la talla de la Vaticana o El Escorial albergaran libros chinos, cuya salida el monarca oriental impide luego (Romano, 2014: 257).⁴ El contacto entre culturas significó la aparición de las primeras traducciones (la primera de un libro chino a una lengua europea, la castellana, data de 1592), así como la puesta en marcha de un circuito comercial de libros, negocio muy rentable que, a través de la compra de ejemplares, nos los muestra como una mercancía más entre las que ambos reinos comerciaban en el marco de la Carrera de Indias (Maillard Álvarez, 2013).⁵

En este intercambio textual, la producción escrita de las órdenes religiosas y la compilación de relaciones sobre territorios a evangelizar constituyó “la escrituración de la experiencia misionera como un modo de constitución de conocimiento, una fábrica de

4. El Escorial no sólo albergó libros chinos sino también códices persas, árabes y turcos, impresos prohibidos y ejemplares raros, adquiridos mediante fuertes inversiones del propio Felipe II así como en capturas de barcos enemigos o botines de guerra (Báez, 2013: 426). La cita con el Otro encuentra un espacio predilecto en el objeto libresco coleccionado por el poder real, la matriz de la identidad hispana y católica.

5. El ineludible estudio de Irving A. Leonard sobre listas manuscritas de libros transportadas por un comerciante, preservadas en el Archivo General de la Nación mexicana, permite dimensionar la importancia de los libros como mercancías dentro del circuito comercial con China y Filipinas, en su tránsito hacia el Perú (1949: 227). También demuestra cómo, a pesar de la legislación que prohibía los libros profanos, “some of the best and most representative of Castilian literature found its way into the most distant lands on which the conquistadors unfurled the banner of Spain” (Leonard, 1949: 235). Para el planteo general de la obra de Leonard, este caso es sólo un ejemplo de cómo “however far from the homeland the conquistadors’ swords might take them, and into whatever vicissitudes their destiny might lead them, close upon the heels of these conquerors, even to the very antipodes, followed the creative spirits of Spain, great and small, through the medium of those silent disseminators of ideas –printed books” (Leonard, 1949: 240).

saberes sobre el mundo moderno pensado en la diversidad de su expresiones a la que daba pie la diversidad de lo lejano” (Romano, 2014: 246). Dichas congregaciones fueron grandes responsables de “la participación del mundo ibérico en la constitución de China como horizonte de saber” (Romano, 2014: 249) europeo. En ese “gesto misionero de la transcripción del mundo por medio de la escritura” (Romano, 2014: 245), que pone en tensión dos formas opuestas de aprendizaje, el intermediado por los hombres en tanto “libros vivos” y el transmitido por los escritos basados en la experiencia (Romano, 2014: 246-247), los jesuitas fueron particularmente activos. No sólo se preocuparon por el aprendizaje de la lengua china sino también por su complejo sistema de escritura, en lo que se entiende como un intento no sólo de comprender su lengua sino también dicha cultura, de una alteridad irreductible: para estos religiosos no se trató “solamente de testimoniar la extrañeza de un sistema de escritura que no estaría fundado sobre el alfabeto, sino de aprovecharlo” (Romano, 2014: 258).

Es en este punto donde el imperio de las antípodas y el *Quijote* se cruzan. En la novela, y en el plan más amplio de la obra cervantina, los textos siempre son piezas fundamentales que tienden lazos con la alteridad, ya sea con un otro externo o minorías que forman parte de la propia sociedad. Hemos analizado previamente este fenómeno en la relación entre el texto y la mujer, centrándonos en el personaje de Dulcinea (Burgos Acosta, en prensa-c), y en el uso de la materia escrita por parte de los disidentes religiosos, en el episodio de la conversión de Zoraida (Burgos Acosta, en prensa-b). Este fenómeno propio de la escritura se observa más allá de que ésta se presente habitualmente como una herramienta central del poder monárquico, “instrumento predilecto de la supuesta racionalización administrativa, fundamento básico sobre el que se hace descansar” (Bouza Álvarez, 1997: 75) que, en el caso de China, se materializó en una gran producción de documentos enviados a España en que las autoridades civiles y religiosas argumentaban, con razones económicas, culturales y religiosas, a favor de la ocupación de China, ya sea invadiéndola o simplemente por medio de la presencia europea (Romano, 2014: 254). En este sentido, supera también su empleo tradicional como instrumento de evangelización, vital para el poder eclesiástico: el dominio de la lengua suponía el reto de la paridad posible, “responder a una demanda intelectual, en vista, en último término, de hacer una propuesta espiritual” (Romano, 2014: 261).

En el caso particular de la dedicatoria de 1615, el uso de la escritura también es reclamado por aquél marcado como diferente: el emisario chino emprende un largo viaje para llevar una carta que reclama la presencia de libro y su autor. Allende los mares, se prueba la existencia de lectores competentes y distinguidos, que valoran la novela y exigen su continuación. Una nueva paradoja: detrás, del libro que es un objeto sagrado y de control social, está la disidencia, el Otro, el diferente. “Detrás de la cruz está el diablo” (II, 33, 686), decía Sancho. Ampliando continuamente las fronteras, Cervantes parece apuntar siempre a

la posibilidad de otra lectura de su obra, de una lectura radicalmente descentrada y transplantada (en virtud de un viaje ficticio y otro potencial), de una lectura desde el lugar del Otro, en el mundo nuevamente ampliado, fabulosamente histórico, que compartiera Cervantes con sus lectores y contemporáneos (Gaylord, 1998: 239).

En la dedicatoria al *Quijote*, entonces, el vínculo entre los imperios chino y español

tiene su piedra de toque en los textos, en dos tipos en particular. En primer lugar, la carta, de frecuente aparición a lo largo de toda la Segunda Parte y fundamental para el ejercicio del poder real, dispara la fábula de la visita. El contacto del monarca con memoriales, cartas, billetes, pliegos y despachos era conocido a todos sus súbditos en tiempos de los Austrias, con Felipe II como un asiduo lector y productor de documentos; para los historiadores, “el sistema de trabajo del rey fue una consecuencia de la inmensidad del imperio que gobernaba y un instrumento para vencer las enormes distancias que separaban sus distintas partes del corazón de la monarquía” (Bouza Álvarez, 1997: 79). Es por medio de un tipo de escritos fuertemente asociado a las actividades gubernamentales del “rey de los papeles”, rasgo que “fue parte esencial de la imagen que de este soberano tuvieron sus propios contemporáneos” (Bouza Álvarez, 1997: 77), que se construye un otro espejado, un emperador de los confines que es también aficionado a los textos, ávido lector y, tal vez, presunto coleccionista de libros (o, al menos, alguien que conoce lo suficiente de ellos como para despreciar al apócrifo y anhelar la aparición de la Segunda Parte cervantina). La escritura anuda lo uno y lo vario, el origen y el destino, y muestra cuánto de esa diversidad puede ser también semejanza.

Pero el lugar preponderante en la comunicación escrita planteada por esta pieza preliminar lo tiene el mismo *Quijote* en tanto objeto libresco. La voz autoral se presenta, entonces, como aquella que puede vincular ambos imperios por medio de un texto, el propio, lo que le otorgaría la posición privilegiada del intercesor, del embajador de toda una cultura, no requerido sino *suplicado* por el monarca al otro lado del mar.⁶ Como refiere Grilli, “Cervantes coloca su libro como peculiar (y singular) afirmación de todo un mundo y toda una cultura” (2011: 213). Frente a cualquier intento de invasión, el *Quijote* y –si se pudiera– su autor serían en esa tierra otra una presencia no hostil, solicitada, que logra allí lo que la espada no pudo. Y, aún más, los vínculos se invierten: no son los españoles los que aprenderán la lengua china sino los chinos quienes construirán una escuela de español para aprender el castellano, con el *Quijote* como la piedra fundamental de ese proyecto.⁷ Si incluso nos aventuráramos a leer aquello no desarrollado en el relato, los blancos textuales tan propiamente cervantinos, sería posible observar que la mediación implicaría la transposición de sistemas de escritura, última frontera cultural que el autor se dispone a franquear, una verdadera preocupación para los misioneros jesuitas a la hora de aprender la lengua y un desafío mayúsculo a los saberes que Europa tenía en materia gramatical hasta ese momento (Romano, 2014: 255).

El lugar de preeminencia que el Cervantes paratextual se arroga para sí va más allá del

6. Vínculo difícil de imaginar, dado el protocolo que debía mediar en las relaciones con el emperador chino, uno de los grandes obstáculos que se les presentaba a los españoles. Las estrictas normas restringen la interacción a embajadas tributarias “con unos pueblos a los que consideran siempre en cierta manera vasallos” (Ollé, 2008: 94). Nada más lejano a los españoles del Siglo de Oro que imaginarlos rindiendo vasallaje a otros imperios.

7. Proyecto que recién se concreta tres siglos después, en 1953, cuando la enseñanza del español es elevada a especialidad independiente en Pekín, lo que permite introducir el texto original del *Quijote* en las aulas (Xiaopei, 1991: 322). Con respecto a la tradición literaria, el *corpus* español fue desconocido en China hasta el siglo XX en que comienza a traducirse y difundirse a instancias del Movimiento del 4 de Mayo de 1919. La novela cervantina tuvo su primera versión parcial, traducida del inglés, recién en 1922 y su primera versión íntegra en 1959 (Zhenjiang, 2006).

anecdótico pedido de su presencia en un espacio recóndito, al que llegó por su prestigio. El autor saca provecho, en este punto, de su éxito editorial, en un contexto que pronto vio en “la difusión de la obra de Miguel de Cervantes una de las grandes afirmaciones de fuerza y unidad cultural del Imperio” (Grilli, 2011: 213). “Fábula magistral que señala al *Quijote* como la obra por excelencia de la lengua castellana” (Stoopen de Morfin, 1998: 312), en esta dedicatoria, es la virtud de su texto, y de la mente que lo engendró, la que cumple un rol fundamental en el proyecto de aunar imperios y trazar puentes entre la propia cultura y el Otro más radical. El *Quijote* y la persona de su autor se revelan, así, piezas vitales para el proyecto imperial:⁸

Cervantes, el que quiso ir a las Indias y no pudo, el que limita a su protagonista a un ámbito peninsular, imagina a su gran obra, ‘compañera del Imperio’ con la lengua española, como lo quería el gramático Nebrija. Su pluma prologal parece correr ‘sin empacho alguno’ por el ‘largo y espacioso campo’ de un espacio imaginado-real que es ya definitivamente *global* (Gaylord, 1998: 237).

De este modo, el vínculo entre imperios, la unión entre rivales y el acercamiento a la alteridad, tienen su piedra de toque en un texto, en este caso, el propio, que ocupa el lugar del texto diplomático y, muy sutil y arriesgadamente, el del texto sagrado, que es en última instancia el que se intenta transmitir y en torno al que girará un hipotético proceso de evangelización por parte de la monarquía católica en tierras lejanas. Téngase en cuenta que, a pesar de que el lejano Oriente vio circular a comerciantes, diplomáticos, militares y viajeros, los únicos occidentales que penetraron el corazón de China fueron, como hemos mencionado más arriba, los misioneros, situación que, en la dedicatoria cervantina, pone al autor en pie de igualdad con un evangelizador, alguien solicitado para difundir la palabra, con la consecuente superposición entre texto sacro y profano. Curiosamente, los primeros europeos en China fueron los jesuitas,⁹ interesados sobremanera en el sistema de escritura oriental, así como en la recolección de textos que los religiosos confeccionaron describiendo aquella otra civilización. El libro propio, el de este Cervantes que dedica su obra al poderoso, ocupa ese lugar de la escritura misionera e invierte, como ha sido mencionado antes, la lógica exterior-interior de la China: no es la preocupación de un agente externo por conocer la escritura del otro sino éste quien busca conocer al visitante, fundar un conocimiento de él basado en un libro. Si China se encontraba inserta en medio de “las inflexiones geopolíticas de la cuestión de la evangelización [...], en el centro de atención del catolicismo cuando la competencia entre monarquías y papado, entre Lisboa, Madrid y Roma, se exacerbaban”

8. Esta consciencia de sí como autor de valía es una de las constantes del estilo cervantino. José Manuel Martín Morán sostiene al respecto que “en las dedicatorias y en los prólogos a sus obras, Cervantes parece evolucionar desde una posición deudora de un planteamiento clásico, en lo referente a su relación con la obra y su canal de difusión, a una posición innovadora que abandona la idea de la fama por medio de la opinión y del mecenas como protector social del autor, y se afirma en sus responsabilidades personales para con el arte en general y el texto en particular, sin olvidar el canal de emisión, con un criterio muy cercano a lo que modernamente llamaríamos ‘conciencia de autor’” (Martín Morán, 2001: 258).

9. Romano refiere que “la producción misionera sobre China estuvo casi exclusivamente monopolizada por la orden ignaciana y se impone como fuente sobre el Imperio Medio, incluidos también sus oponentes y detractores” (2014: 254), desde la fecha –significativa para la producción cervantina– de 1615 hasta el Iluminismo.

(Romano, 2014: 261), Cervantes pone término a esa disputa con su texto e invierte el vínculo, pues es a él a quien le piden enseñar el español. La relación no del todo clara, pero siempre productiva para los críticos,¹⁰ entre Cervantes y los jesuitas, aquella “bendita gente que para repúblicas del mundo no los hay tan prudentes en todo él” (*Coloquio de los perros*, 672), frase con la que el alcalaíno califica a los miembros de la Compañía de Jesús, nuevamente se da cita, de forma velada, en estas líneas.¹¹

Sin embargo, este rol protagónico no está exento de notas amargas. En la respuesta del emisario del Emperador chino, con su negativa a solventar el viaje del autor, resuena la indiferencia del poder que, aquí o allí, parece ser siempre la misma. Nos recuerda el desprecio de las respuestas que Cervantes recibió en 1590, también de un representante de su propio monarca, cuando al pedido de pasarse a Indias, se le respondió lapidariamente “busque por acá en que se le haga merced” (Canavaggio, 1987: 137), lo que no impidió –por supuesto– que sus libros sí lograran realizar dicho viaje, en muchos casos ni bien salidos de la imprenta (Maillard Álvarez, 2013). La solución ofrecida es, en realidad, el motivo que engrandece al dedicatario, el punto culminante de este texto que, como toda dedicatoria, busca ensalzarlo: “en Nápoles tengo al grande conde de Lemos que [...] me sustenta, me ampara y hace más merced que la que yo acierto a desear” (II, Ded., 468). A pesar de ello, en este preliminar, que por regla general “exhibe una relación entre el autor y el mecenas, que le sirve al primero como mecanismo de validación social de la obra: un representante del poder, cuando menos del poder económico, reconoce el talento del autor y el valor de su obra” (Martín Morán, 2001: 258), el elogio del benefactor no está exento de cierta ironía, puesto que se ha aclarado previamente que la vida del autor sufre de carencias –“estoy muy sin dineros” (II, Ded., 468)– y, finalmente, no es lo mismo que el mecenas sea un conde que un emperador, en tanto se aclara que “emperador por emperador y monarca por monarca” (II, Ded., 468). Recordemos que, como plantea Martín Morán, “en el sistema del mecenazgo la poesía ya no es palabra robada a los dioses y el poeta un vate, poseído por el furor divino, sino una fuente de subsistencia” (2001: 259). Y, por los elogios ambiguos de Cervantes, el conde de Lemos “debió de ayudar efectivamente al escritor, aunque no le sacó de la pobreza en la que vivió y murió” (Paz Gago, 1993: 767). El planteo lleva al extremo opuesto de la lógica dedicatorial:

10. La relación de Cervantes con la orden ignaciana ha sido abordada en numerosos estudios que discurren, en cuanto a su biografía, sobre la posible educación jesuita del autor en colegios de Córdoba y Sevilla e, incluso, la posibilidad de que el capellán de la cárcel sevillana en la que estuvo recluso fuera religioso de la Compañía de Jesús y hasta compañero de estudios. También se ha abordado la problemática desde el estudio de voces e ideas jesuitas en los textos cervantinos, así como la crítica velada o el elogio sincero del autor a la orden religiosa, especialmente detrás del episodio del mercader en el *Coloquio de los perros*. Cfr. la edición de Maurice Molho de *El casamiento engañoso y coloquio de los perros* (París, Aubier, 1970), Marcel Bataillon, *Erasmus y España* (México, FCE, 1956), Francisco Rodríguez Marín, “Cervantes estudió en Sevilla” (en *Estudios Cervantinos*, Madrid, 1947), Jean Canavaggio, *Cervantes, en busca del perfil perdido* (Madrid, 1992). Vid. José Martínez-Escalera (1999), que recupera y discute muchos de los estudios arriba mencionados.

11. El vínculo entre Cervantes y los jesuitas puede revestir de aun mayor importancia si se atiende a que, como indica Grilli, en esta Segunda Parte, el tema de la obra cambia: “ya no se trata del ‘servicio de la república’ (I, 1), sino de renovarla a partir de hondas reflexiones acerca de la razón de estado y los modos de gobierno” (2011: 218). En la España del Siglo de Oro, estos términos están innegablemente relacionados con doctrinas políticas como el prudencialismo y el tacitismo, que la Compañía de Jesús ayudó a difundir (Cavillac, 2010: 114-118).

Dada su amistad con el Virrey de Nápoles, el escritor redacta, con tono desenfadado y sincero, lo que Martínez Torrejón no duda en llamar una antedicatoria (1985: 193) en la que, bajo una forma ficcional bien estudiada, pide el sustento material que tanto debía de necesitar, a través de la historieta del Emperador de China, de acuerdo con su tendencia a ficcionalizar incluso los elementos paratextuales más convencionalizados (Paz Gago, 1993: 767).

El Emperador de China reproducirá la misma lógica de carestía si se tienen en cuenta los verdaderos intereses del Imperio Medio, los que harían imposible cualquier ofrecimiento al alcaalino, dado que “prácticamente lo único que en realidad interesaba a inicios del siglo XVII al emperador de la China Ming y a sus súbditos era la plata novohispana, que anualmente llegaba a Filipinas en el galeón desde Acapulco” (Ollé, 2006). El circuito del metálico y la ambición del imperio asiático por él convirtieron a China en “la gran aspiradora de plata del planeta” (2008: 86). El gesto hiperbólico que podría leerse en el modo en que el propio libro se pone a la altura del metal precioso, la mercancía requerida por excelencia, impacta contra la más dura restricción impuesta por los chinos en el contexto que a Cervantes le tocó vivir. Las derivas de los acontecimientos históricos instalan la melancolía de un destino frustrado.¹²

La embajada de un imperio al cruce del Pacífico, que se hace eco de las carencias en materia económica y de reconocimiento que un autor puede sufrir en su propia sociedad, expone la faceta más cruda del servicio a los grandes de España, por medio de “la vivencia cervantina del mundo de las letras, no precisamente pródigo a la hora de reconocerle sus méritos” (Martín Morán, 2001: 270). Una simple anécdota, un germen de ficción, potencia el uso de la dicatoria porque, “a partir de los términos del contrato firmado por Cervantes con su mecenas, o mejor, a partir de los cambios en esos términos, podemos deducir la concepción cervantina de las instituciones literarias del período y su papel de escritor” (Martín Morán, 2001: 257). Instituciones que, no debemos olvidar, se inscriben en el marco más amplio de una sociedad rígidamente estamental, que marca en el sujeto sus condiciones de existencia, sus posibilidades y, también, sus amargas limitaciones.

De este modo, incluso en el plano del deseo, la voz a cargo de esta dicatoria sufre el modo en que todos los imperios, más allá o más acá de la travesía exploratoria, premian a sus súbditos: la indiferencia y la carestía, el desconocimiento del justo valor de sus grandes ingenios (fenómeno, este último, que perseguirá al autor hasta el fin de sus días, si se tiene en cuenta el prólogo del *Persiles*).¹³ El derrotero del libro cervantino, entre

12. Según John M. Headley, para comienzos del siglo XVII, con las crecientes incursiones de ingleses y holandeses, sumadas a las endeble estructuras coloniales, Manila y las posesiones del Pacífico español se reducen considerablemente. Los únicos que permanecen con fervor en sus actividades son los predicadores, “standing like a lone spiritual sentinel of Spain to give light to the New World, five thousand leagues away” (1995: 646). China se convertía, de este modo, en un destino inalcanzable para la monarquía de los Austrias, tanto como lo era para Cervantes en esta anécdota ficticia. Es significativo que, por las mismas fechas en que se editaba la Segunda Parte del *Quijote*, uno de los pioneros de la sinología española, Diego de Pantoja, “partía de Pekín rumbo al sur, fracasada ya definitivamente la política de adaptación que promovían los jesuitas” (González Puy, 2012).

13. En él, ante las resonantes alabanzas de un estudiante que lo reconoce durante un viaje a Toledo, el autor responde: “Ése es un error donde han caído muchos aficionados ignorantes. Yo,

España y China, muestra cómo lo uno y lo vario, origen y destino se asemejan. Esta situación se trasluce aun conviniendo, con Martín Morán, que “quien aquí habla está convencido de la excelsitud del texto que publica –de otro modo, no se hubiera atrevido a darlo a la estampa– y sabe que no debe nada al mecenas, si no es en el aspecto económico” (2001: 264). Más allá de la fina ironía cervantina “capaz de reírse [...] de su propia hambre de celebridad” (Gaylord, 1998: 237), la dedicatoria se vuelve peligrosamente ambigua, enalteciendo a la vez que disparando contra un miembro de la nobleza, esta vez el conde de Lemos y virrey de Nápoles, que a través de una oferta imaginaria refleja la ingratitud del estamento nobiliario, ese que domina el mundo en todos los imperios existentes.¹⁴

Una oda a la materialidad

La mención a China en el contexto de la dedicatoria cumple, tal vez, otra función en el interior de la obra. Con el libro como pieza fundamental, la remisión al imperio más lejano conocido opera como un guiño –nada inocente– a la materialidad del escrito mismo.

Más allá de la versión oficial e indiscutida que le atribuye la invención a Johannes Gutenberg (versión que llegó a nuestros días consolidada por la filosofía del Romanticismo),¹⁵ China fue donde apareció por primera vez el libro impreso. Según Lyons, “el tipo móvil ya se había usado en el Este asiático, mucho antes de la invención de Gutenberg” (2012: 67),¹⁶ ya en el siglo II a.C. (Dahl, 1982: 90), y era sólo una de las

señor, soy Cervantes, pero no el regocijo de las musas, ni ninguna de las demás baratijas que ha dicho” (112). No faltan quienes interpretan irónicamente esta asunción por parte de la voz prologal, apuntando a la inmerecida celebridad de Cervantes como autor “de burlas” para sus primeros lectores.

14. En torno a la figura del autor barroco, observable en las dedicatorias cervantinas, Martín Morán sostiene que éste “no necesitaría el vínculo con el benefactor; los nuevos fenómenos de difusión de la cultura –la imprenta, el teatro de masas [que, agregamos, aparece en este paratexto: “Enviando a v. excelencia los días pasados mis comedias” (II, Ded. 467)]– constituyen un canal alternativo de acceso al público, sin el trámite del soporte económico y social del gran señor. [...] Pero la iniciativa privada, el nuevo canal, aún necesitaba el aval del poder, por un lado, y, por el otro, la labor literaria aún debía ser reconocida socialmente para que comenzara a ser rentable” (2001: 259-260). Cervantes se revela, de este modo, como un autor propio de un sistema en transición, con el posicionamiento melancólico que esta situación conlleva.

15. Para la mitología del siglo XIX, la imprenta apareció como el factor que permitió a Europa “llevar su influencia civilizadora al mundo primitivo (es decir, no europeo), evangelizar al nativo y educar al ignorante” (Lyons, 2012: 67).

16. Sin embargo, se considera que la imprenta tuvo éxito en Europa, en donde ha sido señalada como un agente de cambio central para el desarrollo del pensamiento moderno ya desde estudios señeros como los de Elizabeth Eisenstein (1979), y no en Asia. Una de las posibles explicaciones estriba en factores tecnológicos. En China, a pesar de haberse desarrollado los tipos metálicos individuales, se prefirió continuar con la impresión por medio de planchas de madera, de las que se obtenía una página completa, por la dificultad de dominar los miles de caracteres que componen el alfabeto chino (Lyons, 2012: 67). Tampoco se cree que haya “apenas base para suponer que haya existido conexión alguna entre la impresión en madera (llamada impresión xilográfica) china y la europea” (Dahl, 1982: 91) ni entre los respectivos modos de impresión por tipos móviles, aunque, como hemos mencionado más arriba, la familiaridad de la técnica que supieron demostrar los chinos permitió el trabajo conjunto entre éstos y los españoles en los talleres gráficos de las colonias asiáticas.

técnicas posibles a emplear, junto con la xilografía y el estampado (Colla, 2010: 217-218). Allí, el arte tipográfico se había desarrollado siglos antes de su aparición en Europa: los chinos aducen que un tal Bi Sheng fue quien primero desarrolló los tipos móviles a partir de la arcilla, entre 1041 y 1048; Wang Zheng consignaba en su obra de 1313, *Tratado de agricultura*, la existencia de pieza similares de estaño (Báez, 2015: 180). Los libros más antiguos documentados pertenecen a esta civilización oriental: uno de ellos, *El Sutra de Diamante* (868 d.C.), “aparecido 500 años antes de que Johannes Gutenberg presentara los tipos móviles de metal. Esto lo convierte en uno de los primeros libros impresos de que se tenga registro con una fecha identificable” (Basbanes, 2014: 24). Invención digna de un imperio que, durante el Siglo de Oro, fue visto como un modelo de producción y trabajo (Méchoulan, 1981: 87) y a la que también se debe, siglos más tarde, la primera forma de familiaridad con China, puesto que los escritos misioneros sobre ella fueron reelaborados en los grandes centros urbanos de la imprenta europea (Romano, 2014: 252). La imprenta aunó, también, esfuerzos occidentales y orientales en las empresas editoriales: en la Filipinas colonial, el método de impresión europeo convivió con el chino en los talleres pertenecientes a órdenes religiosas, en los que nativos y españoles trabajaron en conjunto para producir obras eclesiásticas o indígenas (Maillard Álvarez, 2013).

El gesto de crear una historia en que se reclama la presencia del *Quijote*, gran éxito posibilitado por el “milagro de la imprenta”, justamente allí donde la humanidad vio surgir la imprenta de tipos indica cuánto la propia obra representa en tanto pináculo de la tradición impresa. Nueva estrategia de autopromoción, los mismos creadores del invento que hizo posible su difusión, reclaman el *Quijote*, cerrando la larga cadena de manifestaciones materiales de lo escrito: desde su nacimiento hasta el más excelso de sus ejemplares, solicitado allí donde sólo es posible que llegara gracias a la imprenta, es decir, el invento que ellos mismos impulsaron. En la anécdota imaginaria, la propia obra tiene el honor de ser reclamada por una nación que desarrolló “una cultura escrita, sin parangón en el mundo durante al menos quinientos años” (Colla, 2010: 208).

Se trata de un juego con el libro –y, en general, con la materia textual– en el que éste siempre conjuga dos movimientos: uno de propagación, de avance, de proyección de un destino; frente a otro que reclama el regreso a un origen, un retorno, una figura de circularidad. La construcción, en consecuencia, de una paradoja, que ya hemos estudiado en otra ocasión, con relación a la primera salida de don Quijote (Burgos Acosta, 2016). En este caso, el viaje hipotético del *Quijote* a la China es, a la vez, origen y destino. Más allá del gesto hiperbólico de llevar la propia obra a las antípodas –movimiento que también hemos abordado previamente (Burgos Acosta, en prensa-a)–, el libro viaja hacia el destino más recóndito y, al mismo tiempo, regresa a un origen, al de su propio formato y la técnica que lo posibilitó. La mirada cervantina siempre se posa sobre un horizonte que parece inabordable y que tiene mucho de origen. Y, en el caso del paratexto estudiado, parece respaldado por la idea de una tradición a la que remontarse y de la que convertirse en una figura final, definitiva:

El *Quijote* vio la luz a principios del siglo XVII, mientras *El romance de los Tres Reinos*, novela muy conocida en el ámbito chino [la primera novela china], salió a la luz a fines del siglo XIV, lo que significa una distancia de alrededor de 200 años. Así es que China fue un país avanzado [...] y a Cervantes le urgía enterarse de la repercusión

producida en China por la publicación de su obra, “el monumento más alto de la espiritualidad española”, pese a diversas versiones aparecidas en Europa. Por lo tanto, las palabras de Cervantes en la Dedicatoria de la Segunda Parte de su novela no son fantasías peregrinas sino una gran idea de porvenir, dotada de fundamento histórico (Xioapei, 1991: 320).

El regreso al libro en tanto objeto, en su dimensión material, no sólo se da por su retorno al origen de la imprenta, sino también porque ese viaje es también una vuelta a la cultura que vio nacer el papel, hacia el año 105 d.C., de la mano de un legendario cortesano del emperador Ho Ti de nombre Cai Lun.¹⁷ Atribución de un invento que, más tarde, será sustentada por vestigios arqueológicos hallados a lo largo de la Ruta de la Seda que lo suponen incluso varios siglos anterior (Basbanes, 2014: 23), probablemente de los siglos II o III a.C. (Dahl, 1982: 41). Con él nació el soporte del texto en la modernidad, aquél avance técnico aliado de la impresión, sin el cual ésta no habría sido posible (Basbanes, 2014: 20). Uno de los múltiples factores que favoreció la difusión de la imprenta en Europa fue la multiplicación de los molinos de papel, cuya aparición se registró primero en la Italia y Francia del siglo XIV y que suministró un soporte más apropiado y menos costoso que el pergamino para los productos tipográficos (Colla, 2010: 208). De modo que,

En unos años, la imprenta de caracteres móviles transformó esa materia modesta en un actor esencial de una revolución que signaría la entrada de Occidente en los tiempos modernos. La invención de Gutenberg, hacia 1450, selló para los cuatro siglos siguientes, la alianza absoluta del papel y del libro; de simple sucedáneo del pergamino, el papel pasó a ser, objetiva y simbólicamente, el médium universal de la grafósfera occidental (De Biasi, citado en Colla, 2010: 217).

Es que, como refiere Basbanes, “el papel ofreció un medio de transmisión cultural flexible, conveniente, barato, muy portátil, fácil de fabricar una vez que se entendían los rudimentos, y apropiado para otros cientos de usos, de entre los cuales la escritura fue sólo el de mayor alcance” (2014: 22). En la novela cervantina, el papel no es sólo materia prima para el texto; va más allá de sus obvias funciones para darse cita en momentos claves de la gesta quijotesca: para suplir la falta de celada de encaje “de cartones hizo un modo de media celada” (I, 1, 31), además de “la visera de papelón” (I, 2, 37).¹⁸ Nacida de los libros, la del hidalgo manchego es, incluso literalmente, una gesta de papel.

La imagen de la embajada china, con todo lo que esta cultura milenaria representaba a los ojos europeos, se convierte así en una oda a los materiales que le dan a la propia

17. Según cuenta la leyenda divulgada por el erudito Fan Heh (398-445) (Báez, 2015: 175), que fija la invención en el año 105 d.C., el eunuco Cai Lun o Ts'ai Lun, alto funcionario de Estado, presentó un informe con su técnica de fermentación de fibras vegetales y trapos que permitieron la confección del papel, aunque se cree que el proceso ya se había descubierto y que él sólo introdujo las modificaciones que lo perfeccionaron (Colla, 2010: 209).

18. El uso del papel para fabricar ropa y hasta armaduras fue de uso frecuente en la cultura asiática: ya desde el siglo VIII, “se confeccionaban con papel sombreros, trajes, pantalones, sábanas, mosquiteros, cortinas y otros muchos enseres domésticos, así como pantallas, baldosas e incluso armaduras” (Tsuen-Hsui Tsien, 1972: 7).

obra su condición de existencia. Una suerte de *translatio imperii* de la materialidad escrita, de la técnica de los libros, movimiento de Oriente a Occidente que el autor está dispuesto a recuperar para avanzar y a la vez retroceder, y que le otorga un lugar de preminencia. Por medio de las condiciones materiales del libro, se regresa a su origen, origen que a la vez se halla en el más lejano de los destinos, ése que cifra dos tecnologías utilizadas “en China desde tiempos remotos y [que] habían alcanzado una vasta difusión en todo el Extremo Oriente mucho antes de que el Occidente europeo las adoptara” (Colla, 2010: 208). Se trata de un movimiento de máxima apertura para regresar, replegarse en sus cimientos. En el umbral de la Segunda Parte, este derrotero trazado ya en la dedicatoria anticipa la dinámica general del *Quijote* de 1615, que también alcanzará su máxima apertura para cerrarse sobre sí mismo, y con una nota que distingue las condiciones materiales de su producción en boca de la pluma que, antes de colgarse para siempre, le habla al texto que ayudó a crear (II, 74, 937-938).

Un libro y un adversario

La remisión a China aglutina, de este modo, dos significados: el del libro como contacto entre culturas y como herramienta de propagación de un imperio frente a un Otro, una alteridad irreductible; y un retorno en el más lejano de los destinos, abrevando en la materialidad de lo escrito. Alteridad y derroteros materiales del libro. Es ineludible descubrir, detrás de estos dos temas mayores para la Segunda Parte, el perfil misterioso que los pone en movimiento: el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda.

¿De qué modo esta elíptica anécdota sobre China puede estar señalando al autor del apócrifo? Desde las primeras líneas de la dedicatoria, la presencia amenazante del falsario se hace patente y es su verdadero punto de partida: “es mucha la priesa que de infinitas partes me dan a que le envíe [la continuación de la novela], para quitar el hámago y la náusea que ha causado otro don Quijote” (II, Ded. 467). La presencia usurpadora contribuye, también, a la unidad de las piezas preliminares, en tanto la dedicatoria y el prólogo “adelantan al lector el impacto que tiene en ella la publicación del intruso rival, al tiempo que son piezas que participan ya de la naturaleza narrativa y fictiva de la obra” (Stoopen de Morfin, 1998: 306). Pese a que el tordesillesco autor juega un rol que marca a fuego el cuerpo del texto y su plan narrativo, ya en esta pieza preliminar logra inmiscuirse, en un movimiento que caracteriza los preliminares cervantinos, en los que el autor transgrede continuamente la frontera entre texto y paratexto, “dando lugar a continuas interferencias entre texto narrativo y aparato protocolario” (Paz Gago, 1993: 761).¹⁹ La historia inserta a continuación demuestra cómo, incluso frente al más lejano de los oponentes, hay un reconocimiento mutuo:

La carta supuestamente enviada por el emperador de la China a Cervantes, quien firma la dedicatoria, es un extraordinario subterfugio por medio del cual el autor hace que en

19. Otro paratexto anterior también hacía uso de sus líneas para enfrentar a Avellaneda y difuminaba su lábil frontera con el texto en la obra cervantina. Se trata de la dedicatoria de las *Comedias y entremeses* al conde de Lemos (1615), en la que “Cervantes adelanta que va a desenmascarar en su continuación de la historia de don Quijote la ilegitimidad del apócrifo, recién publicado” (Stoopen de Morfin, 1998: 305).

su misiva, el soberano declare las excelencias de la obra cervantina frente “al otro don Quijote, que con nombre de segunda parte se ha disfrazado y corrido por el orbe” (Dedicatoria, *ibídem*, p. 38). El emperador sería el más sobresaliente de los incontables lectores de su historia caballerescas (Stoopen de Morfin, 1998: 311).

La apuesta por el Emperador de China es el reconocimiento del rival, el que más dista, el de las antípodas: un Otro radical, en apariencia irreconciliable pero que, finalmente, puede admitir y admirar la propia grandeza (a la vez que, se ha visto ya, también España admite con fascinación la que inspira ese otro distante y distinto). ¿Qué será de Avellaneda, entonces, si hasta el que se presenta como el más diferente de los adversarios es capaz de admirar y actuar, aunque con vaivenes, con respeto y nobleza? A través de estas operaciones con los límites entre el autor y distintos niveles de alteridad, con un libro como piedra basal, Cervantes “descabala el código [de la dedicatoria] y termina por crear un propio” (Martín Morán, 2001: 261). Ese amplio pórtico que representan las piezas paratextuales tiene, en la dedicatoria que hemos analizado, una pieza central en la que “Cervantes hace uso de la ironía y la ambigüedad que caracterizan todas sus producciones” (Paz Gago, 1993: 761). En ese “desmantelamiento de la maquinaria dedicatoria”, como lo califica Martín Morán, acción que “prescinde de uno de los dos resortes fundamentales: el de [...] las acciones del mecenas” (2001: 264), permítasenos agregar que a este resultado no se arriba sin cierta desilusión frente al reconocimiento insuficiente de quienes se enfrentan a su obra. Y el problema es aún más acuciante en esta Segunda Parte. Ya desde este preliminar se plantea el problema del umbral de la relación entre el “yo” y un otro, central en el *Quijote* del 1615, una obra acosada por el falsario, elemento estructural a la vez que presencia encubierta y descalificada por la ficción literaria (Stoopen de Morfin, 1998: 312). Ese constante autor antagónico al que se lo acusará numerosas veces de actuar deshonestamente y también de haber viajado por medio de “otro don Quijote, que con nombre de segunda parte se ha disfrazado y corrido por el orbe” (II, Ded., 467). Un rival que, comparado con este primero, cifrado en el imperio chino –que es, escandalosamente, un civilizado sin Dios a la vez que un desarrollador de medios para la reproducción textual recibidos como el maná de la Modernidad–, no está a la altura ni siquiera de ese estatuto. En una España cerrada, monológica, que aún puede reconocer la sofisticación de un oponente (en este caso, una cultura completamente distinta), la figura del falsario que, escudado en un seudónimo, lanza improperios y se adueña de la propia obra, expone la faceta más dolorosa de un problema central para la obra cervantina: el de si es posible el diálogo con el otro.

Bibliografía

- ALONSO ÁLVAREZ, Luis. 2008. "Martín de Rada en el laberinto asiático". *Huarte de San Juan. Geografía e Historia*. Vol. 15, 77-89.
- BÁEZ, Fernando. 2015. *Los primeros libros de la humanidad. El mundo antes de la imprenta y el libro electrónico*. México: Océano.
- BASBANES, Nicholas. 2014. *De papel. En torno a sus dos mil años de historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BOUZA ÁLVAREZ, Fernando J. 1997. *Del escribano a la biblioteca. La civilización escrita europea en la Alta Edad Moderna (siglos XV-XVII)*. Madrid: Síntesis.
- BURGOS ACOSTA, Celia Mabel. 2016. "La razón de la sinrazón: naturaleza y función de los libros de caballerías en la primera salida de don Quijote (I, 1-5)". *Impossibilia. Revista internacional de estudios literarios*. Vol. 11, 103-123.
- _____. (En prensa-a). "De enigmas y vacíos: los textos y sus autores en el *Quijote*". En *Actas del IX CINDAC (Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas)*. Alcalá: Asociación de Cervantistas.
- _____. (En prensa-b). "El Capitán Cautivo y la escritura negada". En D'Onofrio, Julia y Clea Gerber, *Don Quijote en Azul 8. Actas de las VIII Jornadas Internacionales Cervantinas*. Azul: Editorial Azul.
- _____. (En prensa-c). "La dama y el texto. Sobre la naturaleza impredecible de Dulcinea del Toboso". En *Actas de las Jornadas del Norte Argentino de Estudios Literarios y Lingüísticos "Territorios de la memoria"*.
- CANAVAGGIO, Jean. 1987. *Cervantes*. Mauro Armiño (trad.). Madrid.
- CAVILLAC, Michel. 2010. "La conversión política del galeote 'reformado'". En *Guzmán de Alfarache y la novela moderna*. Madrid: Casa de Velázquez, pp. 111-124.
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de. 1997. *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Carlos Romero Muñoz (ed.). Madrid: Cátedra.
- _____. 2005. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha I*. Celina Sabor de Cortazar e Isaías Lerner (eds.). Buenos Aires: Eudeba.
- _____. 2005. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha II*. Celina Sabor de Cortazar e Isaías Lerner (eds.). Buenos Aires: Eudeba.
- _____. 2005. *Novelas ejemplares*. Jorge García López (ed.). Barcelona: Crítica.
- COLLA, Fernando. 2010. *Escribas, monjes, filólogos y ordenadores... La preservación de la memoria escrita en Occidente*. Córdoba: Alción Editora.
- DAHL, Svend. 1982. *Historia del libro*. Madrid: Alianza.
- DE LA FLOR, Fernando R. 2015. "En las fronteras del 'planeta católico'. Representaciones barrocas del estado de guerra permanente en la totalidad imperial hispana". *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. Vol. 37. N° 106, 9-51.
- EISENSTEIN, Elizabeth. 1979. *The Printing Press as an Agent of Change. Communications and Cultural Transformations in Early-Modern Europe*. Nueva York: Cambridge University Press.
- GAYLORD, Mary M. 1998. "El Siglo de Oro y las Españas: propuesta de una nueva lectura americana del *Quijote*". En *Actas del XII Congreso Internacional de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Birmingham: The University of Birmingham-Doelphin Books, Tomo 2, 237-242.
- GONZÁLEZ PUY, Inmaculada. 2012. "El español en China". En *El español en el mundo*.

- Anuario del Instituto Cervantes 2012*. Instituto Cervantes. [Disponible en http://cvc.cervantes.es/lengua/anuario/anuario_12/gonzalez/p01.htm]
- GRILLI, Giuseppe. 2011. "El *Quijote* de 1615". En Carmen Rivero Iglesias (ed.), *Ortodoxia y heterodoxia en Cervantes*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 211-224.
- HEADLEY, John M. 1995. "Spain's Asian Presence, 1565-1590: Structures and Aspirations". *The Hispanic American Historical Review*. Vol. 75. N° 4, 623-646.
- LEONARD, Irving A. 1949. *Books of the Brave*. Cambridge: Harvard University Press.
- LYONS, Martyn. 2012. *Historia de la lectura y de la escritura en el mundo occidental*. Buenos Aires: Editoras del Calderón.
- MAILLARD Álvarez, Natalia. 2013. "El libro entre el Atlántico y el Pacífico en la época de Cervantes". En *El español en el mundo. Anuario del Instituto Cervantes*. Instituto Cervantes, 255-276. [Disponible en http://cvc.cervantes.es/lengua/anuario/anuario_13/maillard/p01.htm]
- MARTÍN MORÁN, José Manuel. 2001. "Paratextos en contexto. Las dedicatorias cervantinas y la nueva mentalidad autorial". En Alicia Villar Lecumberri (ed.), *Cervantes en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Palma de Mallorca: Asociación de Cervantistas, pp. 257-271.
- MARTÍNEZ-ESCALERA, José. 1999. "Cervantes y los jesuitas". *Anales cervantinos*. Vol. 35, 295-307.
- MÉCHOULAN, Henry. 1981. *El honor de Dios. Indios, judíos y moriscos en el Siglo de Oro*. Barcelona: Argos Vergara.
- OLLÉ, Manel. 2006. "De Marco Polo a Miguel de Cervantes: China y España en la era moderna". En *China en España. España en China*. Centro Virtual Cervantes. [Disponible en http://cvc.cervantes.es/obref/china/era_moderna.htm]
- _____. 2008. "300 años de relaciones (y percepciones) entre España y China". *Huarte de San Juan. Geografía e Historia*. Vol. 15, 91-99.
- PAZ GAGO, José María. 1993. "Texto y paratexto en el *Quijote*". En Manuel García Martín (coord.), *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro: Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*. Vol. 2, pp. 761-768.
- ROMANO, Antonella. 2014. "(D)escribir la China en la experiencia misionera de la segunda mitad del siglo XVI: el laboratorio ibérico". *Cuadernos de historia moderna*. Anejo XIII, 243-262.
- STOOPEN DE MORFIN, María. 1998. "El prólogo y la dedicatoria del *Quijote* de 1615: la autoría enmascarada y la lectura cómplice". En Antonio Bernat Vistarini (ed.), *Actas del tercer Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Palma de Mallorca: Universitat de les Illes Balears, pp. 305-312.
- TSUEN-HSUIN TSIEN. 1972. "China inventora del papel, la imprenta y los tipos móviles". *El Correo de la UNESCO. El arte del libro*. Año XXV. N° 12, 4-11.
- XIAOPEI, Liu. 1991. "Cervantes en China". En *Actas del Segundo Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantista*. Barcelona: Anthropos, pp. 319-325.
- ZHENJIANG, Zhao. "La literatura española en China". En *China en España. España en China*. Centro Virtual Cervantes. [Disponible en <http://cvc.cervantes.es/obref/china/zhenjiang.htm>]

Celia Mabel Burgos Acosta

Profesora y Licenciada en Letras por la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Becaria doctoral del CONICET, con una tesis en desarrollo sobre las imágenes del libro y la escritura en el *Quijote*. Fue adscripta de las cátedras de Literatura Europea del Renacimiento y Literatura Española II (UBA). Participa en proyectos UBACyT sobre la narrativa del Siglo de Oro español, con sede en el Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso” (UBA).